

mil personas, en un país tan sumamente barato para los objetos expresados, cuesta un asiento igual á los referidos veintiún reales.”

El redactor de *El Sol*, concluía su artículo insistiendo sobre la libertad en que debía dejarse á los empresarios para imponer sus precios, y recomendando al Gobernador del Distrito que pusiese coto á los abusos de autoridad del Ayuntamiento, pero sin conseguir su propósito, según pronto vamos á ver.

CAPITULO V

1827.

El viernes 29 de Junio, festividad de San Pedro y San Pablo, y año de 1827, dió Manuel García su primera función de ópera en el Teatro Provisional ó de los Gallos, con *El Barbero de Sevilla*, de Rossini, cantado en italiano: la segunda la dió en la noche del domingo primero de Julio, repitiendo la misma obra, en la que, como hemos dicho, no tenía rival.

El periódico *El Observador de la República Mexicana*, dijo del estreno: “Desde el día 29 se presentó este distinguido actor en el Teatro Provisional, habiendo su desempeño correspondido á la impaciente expectativa que fué común desde que se anunció su arribo á las playas de nuestra República, por lo que todos se hallan contentos, ansiosos y satisfechos.” En el mismo número de *El Observador*, se insertó un estudio biográfico de García, escrito en Londres por D. José Joaquín de Mora, y publicado en su *No me olvides* del año de 1825.

La fama del artista, el buen gusto de muchos y el instinto novelesco de los más, llenaron de bote en bote el Teatro Provisional, eligiendo por Castrejón con preferencia al Principal que también tenía arrendado y en que mantuvo á Prieto y su Compañía Dramática, por ser el de las Moras mucho más capaz que el antiguo Coliseo. Todas las primeras funciones fueron extraordinarias, hasta el 9 de Julio, en que se publicó un aviso citando á las personas que desearan abonarse á verse con el Administrador del Principal, D. Cayetano Castañeda, en la inteligencia de que las funciones de abono comenzarían el viernes 13, con el estreno de la ópera *Abufar*, composición de García.

Con gran sorpresa encontróse aquel incomparable artista blanco de las más enconosas censuras, y decimos con gran sorpresa, porque como él mismo manifestó á los editores del *Sol*, acostumbrado estaba

á ser elogiado en todas partes, y para él todos los países eran uno sólo y, como artista, se tenía sin distinción por ciudadano de todos. Mucho por consiguiente le extrañó que en su contra influyese el hecho de haber nacido en España, circunstancia que él estimaba debiese haberle sido aun más favorable en México, puesto que su gloria artística refluía en cierto modo sobre la raza hispana de que México era hijo. ¿Qué tenía él que ver con los motivos más ó menos fundados que asistiesen á México para ver mal á la colectividad de sus antiguos dominadores? ¿Acaso había influido él, ni poco ni mucho, en la desatentada conspiración del Padre Arenas?

Justos y lógicos eran estos reparos del insigne artista; pero en aquel entonces el partido anti-español no veía ni pelo ni color en sus monstruosos odios. Quienes conozcan la historia de México en aquellos días se habrán asombrado del sinnúmero y apasionamiento de los papeles insultantes para los españoles, que vomitaban las imprentas; se habrán dolido de las burlas impías de que fué objeto la nobilísima dama, esposa de D. Pedro Celestino Negrete, por haber salido á la defensa de éste, aprehendido el 22 de Marzo por orden del Ministro Gómez Pedraza, sólo porque Negrete era español, y con olvido de lo bien que había servido á la causa de la Independencia á partir del Plan de Iguala; y sin duda se habrán avergonzado de que la historia de ese tiempo diga, al hablar de la ejecución del General español D. Vicente Arana en la plazuela de Mixcalco: “Arana fué insultado por toda la carrera: hubo malvado que acercándose á él le tocó el hombro y le dijo:—ve á morir; de nada te sirvió tu San Juan de Escocia.—Luego que cayó muerto le rodearon muchos espectadores y una malvada mujer *pisó su sangre* y dijo que á honra tenía hacerlo por ser la sangre de un traidor; á imitación de esta harpía algunos arrojaron piedras sobre el cadáver.”

En su calidad de español, no pudo llegar García en época peor de la que llegó. Prevalidos de la intentona del Padre Arenas, los anti-españoles procuraban á todo trance hacerlos odiosos á los ojos del vulgo ignorante, y promover definitivamente la expulsión. “Todas eran ficciones de partido, dice D. Lorenzo de Zavala; pero ¿quién podría desimpresionar al vulgo de la opinión de que los españoles residentes en el país trabajaban por restablecer su dominación? Ninguno podía creer que en efecto estuviesen satisfechos con el cambio en el orden de cosas y de sistema; mas ¿era justo castigarlos é imponerles penas por malos pensamientos? Aunque yo era uno de los principales directores entre los yorquinos, me opuse á los proyectos de expulsión, y circulé á las Legislaturas de los Estados una manifestación contra esta medida, por la que, en mi opinión, se faltaba á las promesas del Plan de Iguala, á los pactos del tratado de Córdoba, y á las garantías ofrecidas en la Constitución á todos los ciudadanos

mexicanos; se cometía un acto de injusticia contra una clase de habitantes, imponiéndoles penas graves sin causa; se proscribía una porción de familias inocentes; se castigaba en cada español, padre de familia, á cinco ó seis mexicanos; se destruían muchas fortunas; se extraían otras del territorio y se empobrecía al país en muchos millones de pesos, en población y en brazos útiles é industriales. Pero ¿qué puede la débil voz de la razón contra el torrente de las facciones? La *Gran Logia* me llamó á su seno para hacerme cargos severos de que sostenía á los españoles, y yo contesté que no podía entrar en ligas ni en partidos en que se intentaba una injusticia; que no hay libertad en donde no se respetan los principios, y que en mi opinión era un crimen que no quedaría impune proscribir tantas familias y derramar la desolación en las casas de tantos mexicanos. . . .”

Pero volvamos á Manuel García, al cual molestaron ciertos grupos del público y del periodismo, acusándole de poca novedad, de frecuentes repeticiones, y de cantar las óperas en italiano. El mejor modo de enterar de todo á mis lectores, es el darles á conocer la defensa que de García hizo *El Sol*, contra un cierto articulista, y dice: “Dos representaciones se han dado hasta ahora con *Il Barbieri di Siviglia* en el teatro destinado para la Grande Opera, bien dispuesto, pintado y adornado, y en verdad que nos hemos complacido mucho con una función tan magnífica en toda su extensión. No creo que el articulista tuviese idea de ella cuando escribió, conformándose con los precios y reclamando anticipadamente las repeticiones de una ópera que habíamos visto tantas veces, porque de lo contrario se hacía muy poco favor confundiendo las óperas cómicas que se nos han presentado antes, con la grande Opera Italiana de que comenzamos á gozar, y en este caso sería para el articulista una misma cosa la maroma que el baile grande, y lo malo, regular y bueno, igual á lo muy bueno.

“Ya que se ha tocado este punto de repeticiones diré, francamente, que las de óperas sobresalientes, como espero sean todas las de nuestro teatro italiano, y tanto más en adelante en que habrá abundancia de excelentes voces, debe apetecerse como efecto del buen gusto, pues en la vez primera que se representa una gran ópera de esta clase, la imaginación más bien queda enajenada que satisfecha, y es en la repetición cuando se toma todo el gusto, se estudian mejor los encantos y se saborea verdaderamente el alma: jamás se llena el espectador con oír una ocasión las piezas bien desempeñadas, aun cuando no sean filarmónicas.

“Apenas habrá teatro de grande ópera en que no se repitan muchas veces las funciones. *La Lámpara Maravillosa*, en París, se repitió tantas, que haste decir que los ejemplares que se expendían al público á mediados del año de 1822, eran ya de tercera edición, siendo así que en cada impresión se tiraban muchos y que la ópera es de

las más modernas; sin embargo, aquel gran teatro siempre estaba lleno de gente en una ciudad en que hay como quince espectáculos grandes *de representado*.

“Mas como la repetición continua será siempre fastidiosa, y por otra parte, todos somos amigos de la novedad, yo aconsejaría á los empresarios, que las grandes óperas no se repitiesen continuadamente más de una vez, tan luego como haya caudal suficiente de piezas ensayadas, y que las demás repeticiones fuesen después de haberse dado otras funciones de óperas diferentes, también con su única repetición cada una. Así entiendo que se llenan todos los objetos.

“En cuanto al idioma en que han de darse las grandes óperas italianas, sobre que habló otro articulista, yo suplicaría encarecidamente á los empresarios, á nombre del buen gusto, que jamás variasen el original de la composición: una ópera traducida del italiano al castellano ó á cualquier otro idioma, queda enteramente desgarrada en la letra, y por consiguiente en la música á que había acomodado el autor los períodos, acentos y sonidos italianos, con las medidas y ajustes del arte. Y ya redondeada así la letra con la música ¿qué oído delicado podrá pasar por ese trastorno y descomposición?

“Yo me atrevo á llamar la consideración del público sobre este punto, con algunas versiones que he leído de ciertas arias en la célebre ópera *Il Tancredi*, de que se puede inferir si se lograría formar concepto, ni aproximado siquiera, de la composición ni en la música, ni en la letra, ni en su sentido, cuando la traducción se hace para cantarse. ¿Qué conexión se advierte en la de *te adoraré eternamente* con la preciosa y significativa frase *nei tuoi bei rai mi pascerò*? ¿Es siquiera literal *te veré* por *ti revedró*? Y aun cuando haya alguna expresión cuya versión salga casualmente ajustada como la de *yo te saludo* por *io te saluto*, ¿podrá darse á ese *yo* el acento sonoro del *io* italiano, con el que parece se canta aun cuando se usa en la conversación?

“No desacreditemos nuestra delicadeza, gusto y finura en un arte á que tenemos una pasión tan decidida que puede llamarse innata en los mexicanos. Si el reclamo del articulista para traducir las expresadas óperas lo hubiese hecho un inglés, alemán ú otro semejante, no era extraño por la extremada diferencia entre la aspereza del idioma de esos extranjeros y suavidad del italiano; pero por un americano cuyo idioma tiene tanta analogía con éste, es bastante raro.

“Un medio podía adoptarse para no incidir en las dificultades apuntadas y dar gusto á los que no quieran justamente perder ni una palabra de la letra, y es el que se usa en los teatros de ópera italiana en Europa: tradúzcanse literalmente al castellano las óperas italianas que se den y véndanse al público con los dos textos á la vista. Con esta providencia, sobre conservarse ileso el original para el canto, y gustarse por consiguiente de la dulzura é integridad de letra y música

conforme la compuso el autor, se va adquiriendo insensiblemente la inteligencia de un idioma extranjero que siempre es útil, mayormente cuando en él debemos tener las mejores composiciones de canto, y cuando mucho tiempo antes nos hemos familiarizado con varias, cantándolas en nuestros estrados sin traducirlas, y oyendo algunas en nuestro Teatro Principal desempeñadas igualmente para llenar intermedios.”

El artista español no se mostró dispuesto á acceder á la exigencia de que las óperas fuesen cantadas en castellano, y hé aquí cómo en el *Aguila Mexicana*, periódico sumamente desafecto á los españoles, se insistió en la exigencia: “Anoche, viernes 13 de Julio, se ejecutó por primera vez en el teatro Provisional la ópera italiana *El Abufar*, que ciertamente llenó la expectación del numeroso y lucido concurso que asistió á ella. Los aplausos fueron vivos y sinceros; el Sr. García, su esposa é hijo, manifestaron su grande y extraordinaria habilidad y conocimientos en el arte, no quedándose atrás el Sr. Waldek y la Sra. Santa Marta. Sin embargo, somos de opinión que si no se trata de ejecutar las óperas en el idioma del país, aun cuando desmerezcan un poco en su mérito musical, no es fácil que se sostenga la Empresa, porque el número de personas inteligentes en el italiano, ó que se contenten sólo con el gusto del canto y de la música, sin entender de lo que se trata, no puede ser en México tan considerable como en París y Londres, ni bastar por consiguiente para cubrir los costos que demandan esta clase de representaciones. Si el Sr. García y su familia fuesen italianos, habría mayor dificultad; pero tratándose de que canten en el idioma de su patria, no nos parece que dejarán de prestarse á ello si los señores empresarios toman empeño.”

No era tan llano como se lo parecía á los editores del *Aguila* y de otros papeles, poder cantar las óperas traducidas al castellano: hacía muchos años que García faltaba de España y habíase olvidado mucho de su idioma nativo, que pronunciaba defectuosamente, con acento ya italiano, ya francés, ya inglés; sucedíale otro tanto á su esposa Joaquina Briones, y en cuanto á sus hijos Manuel y Paulina, el primero había sido llevado á la edad de tres años á París, y la segunda tuvo por cuna la gran Capital: ambos poseían el francés y el inglés, y por razón natural el italiano, como no conocían el español. Waldek, la Pellegrini y los demás artistas que acompañaban al gran tenor, no conocían ni poco ni mucho el castellano. Sin embargo, la empresa hizo que se contratasen Andrés del Castillo y Palomino, y con ellos y la Santa Marta ofreció García algunas obras en español, como *El poeta calculista*, y otras de las que él mismo compuso allá en sus primeros años en el idioma nativo, pero ninguna de las de legítima escuela italiana, si bien en algunas funciones con carácter más bien de concierto que de función de ópera, cantó con los dichos Castillo, Palomino y la

Santa Marta algunos dúos, tercetos y aun actos sueltos del *Barbero*, el *Otelo* y la *Urraca*.

El vulgo no se dió por satisfecho con estas concesiones, y poco á poco fué dejando de concurrir al Teatro Provisional, sin que García, que por ser ya suficientemente rico no se dolió del fracaso pecuniario, se decidiese á ceder á la exigencia: á mediados de Agosto, la Gran Opera Italiana había hecho fiasco y quedado en ruina D. Luis Castrejón, y mal visto García, de quien se habló mucho y pésimo como de un *gachupín* orgulloso con su dinero y con su fama, digno del odio con que eran vistos todos sus compatriotas, contra los cuales en ese mismo mes de Agosto la Legislatura del Estado de México, pronunció de una manera decidida y resuelta la expulsión, que el Congreso General había de decretar á fines de aquel año, fundándose en el hecho innegable de una conspiración descubierta, con más ó menos aparentes ramificaciones en Puebla y Oaxaca, y complicidades y ligas con los escoceses sospechosos de estar en tratos para restablecer la monarquía española.

No quiere decir esto que el gran artista no hubiese encontrado en México público más ó menos escaso, pero bastante entendido para apreciarle y aplaudirle. La alta sociedad mexicana fué entusiasta y devota de su talento. En 19 de Setiembre los propietarios de la Lonja dieron un gran baile y concierto con el concurso de García, su esposa, Castillo, la Santa Marta y el profesor D. Manuel Elizaga. Todos ellos fueron regiamente obsequiados por los socios de aquel antiguo círculo de comercio y de recreo.

Manuel García hubiérase puesto desde luego en camino para fuera de la República, á no habersele enfermado gravemente su esposa y vistose forzado á aguardar su restablecimiento ó cuando menos su alivio. Además, manteníale en América el deseo de no apartarse mucho de su hija María Felicia, *la más célebre cantatriz italiana del siglo XIX*, como se la llama en el Diccionario de Pierre Larouse. Esta artista insigne sobre toda ponderación, nacida en 1808, presentada por su padre y maestro en el *King's Theatre* de Londres en 1824 con el *Romeo y Julieta* de Zingarelli, y por él traída á los Estados Unidos como la joya de su Compañía, casó en Nueva York con un comerciante francés apellidado M. Malibrán, que pasaba por ser inmensamente rico. María Felicia, más conocida por la Malibrán, que contaba en 25 de Marzo de 1826, fecha de su matrimonio, diez y siete años, casó con Malibrán contra su propia voluntad y sólo por obedecer á García. Pocas semanas después de su enlace, el banquero se presentó en quiebra y María Felicia hizo á su padre tan severos cargos por haberla hecho víctima de su ambición, que hija y padre se disgustaron y éste vino á México, dejando en Nueva York á María, que no sólo se negó á seguirle, sino que, con resolución varonil, tomó por su cuenta la empresa

lirica y la regenteó con grande acierto é inteligencia, no sólo para mantenerse y mantener á sus artistas, sino también para pagar muchas de las deudas de aquél cuyo apellido había de hacer eternamente célebre en los fastos del arte.

María Felicia García de Malibrán, después de algunos meses de esa brega, partió en 1827 de Nueva York para Francia, y por consiguiente, nunca estuvo en México, como algunas personas creen y yo á mi vez he dicho en alguna ocasión equivocadamente y por fiarme de inexactos informes. De las hijas de Manuel García sólo le acompañó en su estancia entre nosotros Paulina, de edad entonces de siete años, casada más tarde con el distinguido literato francés Luis Viardot, y sucesora en la escena lírica de los triunfos de su hermana María. Ésta, á su regreso de América á París, sentó sus reales en aquel Gran Teatro, presentándose con *Semiramis*, y compartiendo con la eminentísima Enriqueta Sontag, el cetro del arte y el imperio de la música. En Marzo de 1835 se divorció de su primer marido, y un año después casó con el famoso Carlos Beriot, yendo á morir pocos meses más tarde, en Manchester, cuando apenas acababa de cumplir veintiocho años. Su fallecimiento causó un duelo universal.

Manuel García, hijo, sí estuvo, según he dicho, en México, y cantó en nuestro Teatro Provisional. Su voz fué de escasa importancia y no pasó de un segundo bajo; sólo la obediencia filial le pudo obligar á presentarse en la escena, que dejó tan pronto como no consideró necesario su concurso: su justa celebridad la hizo no como cantante, sino como profesor, y como autor de muchas obras de enseñanza, inspiradas en el método de su padre, entre ellas su *Memoria sobre la voz humana*, presentada á la Academia de Ciencias de París, su *Escuela de García ó tratado completo del arte del canto*, y sus *Observaciones fisiológicas sobre la voz humana*, por él mismo elegantemente escritas en francés y en inglés.

En el último tercio de 1827, los teatros en México habían caído en la más absoluta postración: la mayoría de las familias que sostenían ese género de espectáculos se abstenían de concurrir á ellos, preocupadas con el mal giro que iba tomando la mala voluntad contra los españoles, con los cuales estaban ligadas, pues como con exactitud dice Zavala, el mal que se hiciese pesar sobre cada español de México, hería á la vez á cinco ó seis mexicanos con él identificados.

Ante la perspectiva de los peligros y de la expulsión, los actores y artistas de la maltratada nacionalidad habían perdido el entusiasmo para el trabajo, y con ese pretexto los empresarios, que veían vacías las principales localidades de sus coliseos, dejaban de satisfacerles los sueldos y faltaban escandalosamente á las obligaciones de sus contratos, seguros de que, dada la pasión popular, los quejosos no hallarían justicia ante los tribunales del país.

El Sol de mediados de Octubre, decía: "Sabemos con desesperación que la Empresa ha faltado á la Santa Marta, anulándole de su propia autoridad una escritura pública, en que está contratada para el servicio de ambos teatros; que ha anulado, igualmente, la de Andrés Prieto como Director y Actor, y faltándole al pago de algunas semanas devengadas, por el injusto y frívolo pretexto de no haber presentado dos ó tres comedias nuevas que tenía ensayadas y que no pudo verificar por la separación de Salgado, la Santa Marta y otro actor cuyo nombre no tenemos presente, á cuyo defecto la Empresa debió subvenir, pues que Prieto no puede representar solo, ni la Empresa obligarle á semejante imposible.

"La Santa Marta y Prieto llamaron á la Empresa á conciliación; pero ésta no quiso asistir, provocándolos de este modo á juicio contencioso, tal vez segura de su triunfo por el fastidio en que necesariamente habían de caer los agraviados al verse envueltos en un pleito ruinoso, cuyos trámites y diligencias arredrarían al hombre más tenaz. En este estado las cosas, mediaron varias personas imparciales, abocándose con D. Luis Castrejón y D. Juan Francisco Azcárate, su apoderado, y consiguieron se firmasen las tres siguientes proposiciones:

"Se le darán á la Sra. Santa Marta cuarenta pesos cada noche, que serán dos veces de obligación para el empresario, y si cantare tres ó más por disposición del mismo, lo verificará aumentándole los mismos cuarenta pesos: tendrá un beneficio por la noche con la obligación de repetirlo á beneficio de la Empresa íntegro, y quedan concluidas todas las diferencias pendientes. A Prieto, al respecto de cinco mil pesos, con seis tardes de dos cruces ó domingos, á medias con la Empresa, ó al respecto de seis mil pesos sin tardes, con una noche de beneficio, ó mitad de líquido de entrada eventual ó cuarta parte de abono en cada día que represente, y sin beneficio.

"Pero á lo mejor la Empresa se negó á cumplir lo convenido y firmado, y quiso que Prieto pasase por ciento treinta pesos semanarios y un beneficio, por representar y dirigir trece funciones al mes, con obligación de dar dos de ellas nuevas, y á la Santa Marta á cuarenta pesos á la semana por no quererse que cante sino sólo una vez en ella.

"Esto pasa entre la Empresa y Prieto; se le debe y no se le satisface so pretextos insuficientes; se sobresee por parte de Prieto, en cuanto á la deuda, á virtud de nuevo contrato celebrado por apoderados mediadores, y se falta á lo pactado sin más que *el no quiero ya sino esto otro*. El agraviado conoce la intriga, está convencido de que una conspiración ratera le obstruye los medios de servir al público; éste calla porque está cansado de gritar para obtener lo que desea, y entretanto el público se aburre noche por noche, perdiendo en ello indefectiblemente la Empresa misma, por dejarse arrastrar de los

enemigos irreconciliables del mérito y de la superioridad, siéndonos harto sensible que el Ayuntamiento hasta ahora no haya dicho á la Empresa: *cumple lo que has pactado.*"

"La Empresa contestó que el fracaso de la Opera Italiana no había sido obra suya sino de las circunstancias y de los mismos actores. Que Prieto trabajaba con desgano y sin poner nada nuevo, y que su separación de la Compañía la hizo sobresaltado por el odio que se había acarreado de los demás actores por el mal trato que les daba, y por no haberse pagado una semana. Queriendo conciliarlo todo—sigue diciendo la Empresa—se consiguió que Garay se encargase de la dirección, volvió Palomera, se ajustó al Sr. Fernández y á la Sra. Artoud; se entró en capitulación con Prieto, ofreciéndosele ciento treinta pesos semanarios, sin embargo de las escaseces del teatro, presentándosele el ejemplo de los demás actores, que generosa y voluntariamente habían hecho una rebaja de sus sueldos: si este señor no se conviene, ¿es culpa de la Empresa?"

Para mejor justificarse, la Empresa ocurrió á censurar al artista que hasta allí la había sostenido, y por ser muy característica de la época, reproduzco la crítica, que dice así:

"Queremos solamente hablar del Sr. Garay y poner á éste y al Sr. Prieto en su justo lugar. El Sr. Prieto, delicado y exacto en los viejos de Moratín, Molière y Gorostiza, no puede compararse con Garay, noble y sublime en los brillantes rasgos de Alfieri, Racine, Derval y Shakespeare, y fino y galán en los diálogos de Lope de Vega, Moreto y Calderón, que ha sabido transportarnos á los campos del Morven y patria de Fingal, y que ha podido aterrarnos y enternecernos con los cuadros borrascosos de las pasiones y presentarnos y hecho admirar las virtudes de Régulo, Bruto, Tito y Graco, y detestar y aborrecer los crímenes de Sila, los Filipo y los Tiberios: él ha sabido recrearnos con la galantería del siglo de Carlos V y ha hecho saltar nuestras lágrimas con los melancólicos sentimientos de Kotzebue, y darnos por fin, el ridículo de la hipocresía y de los vicios y preocupaciones pintadas por Molière y Martínez de la Rosa.

"Nadie negará que el Sr. Prieto, confesando antes el acierto original y único quizá, con que desempeña los papeles de bata y peluca, en lo que ciertamente es inimitable, al grado de habernos hecho conocer obras que jamás nos interesaron en la escena antes de su venida, se ha chasqueado cuando ha salido de su línea y ha querido hacerse general. Díganlo si no el *Sancho Ortiz*, el *Orestes*, la *Ciega*, la *Novia impaciente*, y otras en que no ha podido convenirse la imaginación con su físico, su voz y sus maneras, cuando al contrario el Sr. Garay, si no ha desempeñado tan perfectamente el *Anciano y los jóvenes*, á lo menos se puede asegurar que el público ha quedado complacido.

"Aun diremos más: en algunas le saca algunas ventajas, merced á ciertas circunstancias personales, como en el *Opresor de su familia*, en la que los dos primeros actos, siendo del carácter del Sr. Prieto, no se despegan del de el Sr. Garay; pero los dos últimos en que el protagonista desenvuelve toda la sensibilidad reconcentrada y oculta en su corazón, son entera y exclusivamente del resorte del último. Decimos lo mismo de la *Misantrópia* y otras.

"Ultimamente, confesemos que este señor, aunque nos ha dejado asombrados en el *Darlemón*, del *Abate L'Epée*, en el *Don Diego del Sí de las niñas* y en el *Pedro Lainez del Cid*, también es de creer que si siempre estuviéramos viendo representar viejos y más viejos, se podría decir á los que suspiran por D. Andrés Prieto, aquello de Gorostiza que él dice tan bonitamente en el *Amigo íntimo*, de que si á un hombre le dieran huevos moles al almorzar, huevos moles al comer, huevos moles al cenar y huevos moles á todas horas, daría los huevos moles á todos los diablos.

"Por conclusión, y dejando aparte el mérito de ambos en su respectivo lugar, ¿quién es más preferible, el Sr. Prieto que se retira y sacrifica á una desmedida ambición el gusto mexicano, ó el Sr. Garay que con la mayor generosidad, sin ajuste, sin sueldo y con grave riesgo de su salud, redacta un drama liberal para celebrar el aniversario del 16, que lo ensaya, lo ejecuta, y que sigue aún bajo el mismo orden reorganizando, dirigiendo y trabajando?"

"Prescindimos de la dureza, orgullo y despótica altivez con que el Sr. Prieto trata á sus compañeros y aun al dueño de la negociación: pero el Sr. Prieto, muy apreciable en la sociedad y en la escena, es intratable en cuanto funge de protagonista y se acuerda que es uno de los *hijos de Edipo*, el *gran Maestro de los Templarios* ó el *Emperador César Augusto*, porque se reviste de más tono que un sultán en medio de sus mujeres, eunucos y esclavos. Dígalo Martínez que estuvo muy cerca de embutirle en la cabeza un candelero en el acto de la representación de la comedia *El Distráido*."

Demos aquí término á este capítulo, que, reflejo exacto y fiel de la historia de esa época, como ella es triste, desconsolador y amargo. Meditando sobre los sucesos de esos dolorosísimos días, es como mejor pueden apreciarse el progreso y bienestar de los presentes, y la lucha cruel que México hubo de sostener con la adversidad para llegar á la altura de civilización que hoy alcanza.